

de buena fe tenidas, y á enemistades frecuentes, difíciles de evitar, porque cada uno procurará para sí la mejor parte, aunque sepa que resulta evidente perjuicio para otro.

Además ¿quién sería capaz de *obligarse* (entre nosotros) á no cumplir con sus deberes por meras cuestiones de lucro, ó por sostener los errores posibles de un compañero, ó por desconocer la libertad que tiene una familia de valerse del Médico que le inspire más confianza, ó por cualquiera de los mil motivos que á cada paso se presentan en el ejercicio de una profesión, á que voluntariamente nos hemos consagrado?

Pues qué, ¿todos somos iguales? ¿Puede negar nadie el derecho que tiene todo miembro de una colectividad á conseguir en beneficio suyo lo que le corresponda por sus talentos, sus actividades ó su trabajo? Claro que en la necesaria competencia surge entre unos y otros, la aspiración es siempre á colocarse delante para disfrutar de las ventajas que ofrecen los primeros puestos. Lo contrario sería haber llegado ya á teorías muy discutidas hoy, pero que aun no han triunfado.

Cierto que hay compañeros en nuestra profesión, como los hay en todas, que merecen serio correctivo porque no ajustan sus actos á los deberes que les impone la moral médica, ni ponen todo el empeño necesario en dignificar la ciencia y contribuir al prestigio de la clase, en que estamos interesados todos.

Aunque la Comisión no quiere acusar á nadie, ni se cree con facultades para decretar que muchos compañeros son causa principal de los males que sentimos, es casi seguro que no se faltaría á la verdad con decir que algunos de aquéllos se colocan quizás contra su voluntad al nivel de nuestros más odiados enemigos.

Nadie ignora que Médicos legítimamente autorizados son los que al servicio de audaz empresario que haciendo competencia á polichilenas de circo, se encaraman con destreza á las alturas de apropiado vehículo, desde donde predicán macarrónicos discursos, ensalzando las curas maravillosas que se proponen realizar á los acordes de destemplada murga, cuyas fuertes y desafinadas notas están encargadas de apagar los lamentos de la desgraciada víctima que cayó en manos de profesores carnavalescos, que al invocar á cada paso el santo nombre de la ciencia, la escarnecen é insultan: Médicos autorizados son los que cubren la responsabilidad á populacheros doctores, que han aturdido á la humanidad entera con sus griterías y reclamos: Médicos los que se alquilan á cualquiera de esos corsarios que arreglan una de esas sociedades llamadas benéficas, en que á vuelta de promesas halagadoras y tentadores ofrecimientos, logran cazar incautos, que han de ser víctimas de seguro engaño de parte de quien no puede cumplir en manera alguna los compromisos anunciados: Médicos los que van á la parte en ciertos asuntos profesionales con gentes ignorantes, á quienes presentan en público como hábiles